es un ser «excéntrico» porque es capaz de superar la limitación del instinto, centralizada en el yo. La espiritualidad humana es la condición de posibilidad para trascender los estrechos límites impulsivos que tienden a referir el medio ambiente a la propia subjetividad. De esta manera se hace posible acceder a un verdadero conocimiento, que es conocimiento en la medida en que versa sobre la verdad de las cosas.

En el capítulo cuarto se explica, por tanto, el conocimiento humano como apertura a la realidad. Para ello es preciso superar una visión representacionista del conocimiento, según la cual el hombre no sería capaz de conocer más allá que sus propias representaciones (ideales o sensibles) de la realidad. Si esa visión fuera cierta sólo cabría el perspectivismo y el subjetivismo, y la vida social descansaría no en lo justo y verdadero en sí, sino en difíciles consensos sujetos a relativismos culturales e historicistas: en última instancia, al escepticismo.

El quinto capítulo se dedica a la dimensión sentimental del hombre. Se aborda aquí el complejo problema de la objetividad del conocimiento y la subjetividad de la experiencia vivida. En estas páginas se analizan los errores prácticos que se derivaran de una existencia guiada principalmente por los sentimientos, o, por el contrario, una vida humana en donde los afectos se encuentran desarraigados de una racionalidad que se acabaría convirtiendo en inhumana.

El sexto capítulo («Personas. Una reflexión sobre la esencia del amor») supone un cambio de enfoque, puesto que el lector mismo es impelido a tomar partido en la reflexión. Se critican las pretensiones totalizantes abstractas de la Modernidad que tienden a reducir la persona a individuo subordinado a los intereses del Absoluto (especie bio-

lógica, Estado, etc.). En esto se manifiesta también el carácter «excéntrico» del hombre, puesto que es capaz de tomar conciencia de que la persona es un absoluto no subordinado a ningún contexto, lo que supone la condición de posibilidad de ser un absoluto relativo a Dios. La persona posee una naturaleza pero al mismo tiempo es capaz de «distananciarse» de ella proponiéndose sus fines propios (no los de la especie).

El séptimo capítulo se centra en las notas fundamentales que surgen de la condición personal estudiada anteriormente: la intimidad, la casa, la familia. El tono de la exposición se muestra más práctico y vital, abordándose cuestiones de actualidad ética y social.

Por último se plantea el tema de la Felicidad; su esencia y sus condiciones de posibilidad. Se trata de un ideal no consumado, pero al mismo tiempo siempre presente en el obrar humano que reclama la eternidad y trascendencia del hombre.

El libro se encuentra prologado por el profesor Alejandro Llano. Tiene unos valiosos índices analíticos y onomásticos, así como una bibliografía actualizada e interesante desde el punto de vista antropológico. Desde luego, la lectura de este libro será muy pertinente para alumnos sin una formación filosófica previa, así como para profesores que quieran encontrar modos nuevos de explicar de manera atrayente la complejidad de la persona humana.

José Ángel García-Cuadrado

Sixto J. CASTRO, *La trama del tiempo*, San Esteban, Salamanca 2002, 346 pp., 17 x 24, ISBN 84-8260-101-6.

El libro es un intenso estudio filosófico acerca del tiempo. Sus páginas se

abren con un apreciable prólogo de Javier de Lorenzo y continúan con una extensa sección de agradecimientos. La larga introducción de 32 páginas es de lectura obligatoria; en ella se centran y se justifican cada uno de los temas que se van a tratar, el orden de su aparición y su importancia relativa.

El autor considera que existen muchos tipos de tiempo, tanto de acuerdo con nuestro modo de hablar acerca de él, como de sus propiedades topológicas y métricas, como también por sus diferentes ámbitos semánticos. Por eso dedica la primera parte del libro a la *Análitica del tiempo*. Se trata de identificar los tipos de tiempo que existen y vincularlos entre sí y respecto del ser humano. En un cuadro taxonómico (p. 36) se ordenan los once diferentes tipos de tiempo que ha identificado el autor, se enumeran sus características distintivas y se mencionan los filósofos que a lo largo de la historia se han enfrentado principalmente con cada uno de ellos. «El tiempo *consiste* en un carácter plural, una arquitectura, un sistema estratificado» (p. 31). Toda la primera parte se usará para describir e iluminar el sentido y la referencia real de cada uno de esos diferentes tipos de tiempo.

La segunda parte del libro, notablemente menos extensa, se titula *Análitica del cambio*. Es clara, por tanto, la filiación aristotélica del autor al menos respecto al tema del tiempo. Sin el estudio del cambio y del sustrato que desarrollara Aristóteles no podría alcanzarse el objetivo del libro. La meta se explicita en la tercera parte titulada *Sintética del tiempo*. Se trata de «recuperar la unidad perdida» (p. 42), y así obtener una visión sinóptica y global del tiempo, que permita también enfrentarse a la irrealidad del tiempo descrita por McTaggart. Es decir se trata de un estu-

dio metafísico del tiempo que compensa sobradamente el tiempo que se dedica a leerlo, porque arroja cordialmente luz sobre tantos fenómenos, experiencias y saberes que vivimos sin preguntarnos. Para el autor el núcleo intencional del tiempo incluye necesariamente la referencia al cambio, la determinabilidad de la relación antes-después por referencia a un observador, la mensurabilidad o estimabilidad y la posibilidad de recibir propiedades (p. 313).

El libro se cierra con una breve sección de conclusiones, la bibliografía usada, que es completísima, y un índice de nombres que será de utilidad para todos los estudiosos. En definitiva, «una obra de auténtica filosofía», cuya lectura supondrá «un indudable enriquecimiento en este horizonte cultural», y un verdadero «disfrute», como afirma el autor del prólogo (p. 8).

Enrique R. Moros

Javier HERNÁNDEZ-PACHECO, *Hypokeímenon. Origen y desarrollo de la tradición filosófica*, Ed. Encuentro («Libros de ensayo»), Madrid 2003, 445 pp., 15 x 23, ISBN 84-7490-692-X.

Es frecuente encontrar en los libros de Historia de la Filosofía una exposición —atenta y rigurosa desde el punto de vista científico— que tiende a subrayar las «rupturas» del pensamiento desde los antiguos griegos a los medievales, y de éstos a la modernidad filosófica. Sin duda ese análisis cuenta con buenas razones y argumentos; pero resulta también gratificante —y es quizás más aleccionador— encontrar análisis filosóficos que son capaces de encontrar la unidad del pensamiento a través de los diversos avatares intelectuales de la Historia.